

“Oigo en mi corazón: buscad mi rostro» (Ps 26, 8)
Ver a Dios a la luz de San Agustín

RESUMEN

El valor de los sentidos como acceso a la realidad. El deseo de ver a Dios. Se busca más ver que creer. Moisés: “Hazme ver tu rostro” (Ex 20, 18). Evangelio: “Deseamos ver a Jesús” (Jn 12, 21) Ver y oír a Dios en la Sagrada Escritura. Filón de Alejandría y la conversión de oír a Dios a ver a Dios. “Todo el pueblo vio la voz” (Ex 20, 18) San Agustín ante el tema de ver a Dios. Presencia de este tema en su obra. La Carta 147 a Paulina. El hombre interior. Los sentidos interiores. Los ojos del corazón. Purificar los ojos del corazón para ver a Dios. La fe purifica los ojos del corazón. Por Cristo a la visión del Padre.

PALABRAS CLAVE: Hombre interior. Corazón. Ver a Dios. Oír a Dios. Fe. Cristo médico

ABSTRACT

The value of the senses as an access to reality. The wish to see God. We are searching more than we believe. Moses: “Let me see your face” (Ex. 20, 18). The Gospel: “We wish to see Jesus. (Jn. 12, 21). To see and hear God in the Sacred Scripture. Filon of Alexandria and the change from hearing God to seeing God. “Everyone saw the voice of God (Ex. 20, 18). Saint Augustin on the theme of seeing God. The presence of this theme in his work. The letter 147 to Paulina. The interior man. The interior senses. The eyes of the heart. To purify the eyes of the Heart in order to see God. Faith purifies the eyes of the heart. Through Christ to the vision of the Father.

KEY WORDS: Interior man. Heart. Too see God. To hear God. Faith. The healing Christ.

Hoy día, con frecuencia, con suma frecuencia no pocas personas no se contenta con creer en Dios e incluso con llegar a conocerlo a través de la razón, buscan sentirlo, experimentar, tocar en cierto modo a Dios, entrar en relación personal con él. No les es suficiente oír hablar de Dios. Se oyen no pocos discursos vacíos, que no se fundamentan en ninguna experiencia, y ante ello se desconfía de lo que se dice. Se busca, con insistencia, realizar una experiencia personal de Dios¹. Pero ¿cómo realizar esta experiencia de Dios? ¿Es posible realizarla? Para dar una respuesta a estas preguntas es preciso dejarse guiar por la *Primera Carta de San Juan*. En esta Carta San Juan dice precisamente cómo Dios se nos muestra y cómo nosotros podemos llegar a conocerlo. Nos remite a Jesús. Dios se revela en él. Contemplando a Jesús vemos precisamente al Padre: “*Quien me ve, ve al Padre*”.

San Juan comienza diciéndonos:

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos *oído*, lo que hemos *visto* con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y *palparon* nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos *visto*, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos *visto* y *oído* os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo.” (1 Jn 1, 1-3).

Para San Juan es por los sentidos por los que los discípulos conocen a Jesús. Es cierto que Jesús le había dicho a Tomás: “*Felices los que creen sin haber visto*” (Jn 20, 29). Sin embargo Jesús se deja tocar: “*Mete aquí tu mano*” le dirá a Tomás.

Es cierto que hoy día hemos redescubierto el valor de los sentidos como medio de acceso a la realidad. Para San Agustín los sentidos nos

1 BEAUVAIS, J. B. de, *Voir Dieu. Essai sur le visible et le christianisme*, Ed. L'Harmattan, Paris 2007; GUARDINI, R., *Los sentidos y el conocimiento religioso*, Ed. Cristiandad, Madrid 1965; GRÜN, A., *Ouvre tes sens à Dieu*, Médiaspaul Ed., Paris 2006; GABRILYUK, P., y COAKLEY, S. (eds), *The spiritual senses. Perceiving God in Western Christianity*, University Press, Cambridge 2012.

permiten incluso realizar una experiencia espiritual, llegan a ser lugar privilegiado para realizar una experiencia de Dios

“Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz.” (Conf. 10, 27, 38).

“Y ¿qué es lo que amo cuando yo te amo? No belleza de cuerpo ni hermosura de tiempo, no blancura de luz, tan amable a estos ojos terrenos; no dulces melodías de toda clase de cantilenas, no fragancia de flores, de ungüentos y de aromas, no manás ni mieles, no miembros atrayentes a las caricias de la carne: nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo una especie de luz, de voz, y de fragancia y de alimento y de caricia, cuando amo a mi Dios, que es luz, voz, fragancia, alimento y caricia del hombre mío interior, donde resplandece a mi alma lo que el espacio no contiene; resuena lo que no arrebatara consigo el tiempo; exhala sus perfumes lo que no se lleva el viento; saborea lo que no se consume comiendo, y donde la unión es tan firme que no la disuelve el hastío. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios.” (Conf. 10, 6, 8).

“El Señor es para nuestro corazón luz, voz, aroma y manjar, y es todas estas cosas, porque no es ninguna de ellas, y no es ninguna de ellas precisamente porque es el creador de ellas. Es luz para nuestro corazón aquel al que decimos: *En tu luz veremos la luz*. Es sonido para nuestro corazón aquel al que decimos: *Darás gozo y alegría a mi oído*. Es para nuestro corazón el aroma a propósito del cual se dice: *Somos el buen olor de Cristo*.” (S. 28, 2).

Es cierto que con frecuencia nuestros sentidos se encuentran entumecidos, aletargados y, por lo mismo, no nos permiten captar la realidad tal cual es. Se precisa que los sentidos recobren de nuevo su sensibilidad para lograr “sentir” en cierto modo a Dios.

En la Sagrada Escritura encontramos con frecuencia una invitación a “ver” a Dios. Un texto sumamente claro se halla en el Libro del Éxodo². Moisés pide a Dios que le muestre su rostro. «*Muéstrame*

2 BRIEND, J., *Dieu dans l'Écriture*, Ed. Cerf, Paris 1992, pp. 41-50.

tu gloria» (Ex 33, 18). “Ver la gloria de Dios” es mucho más que ver el efecto de su presencia. Significa ver a Dios mismo. En realidad Moisés le dice al Señor: “Hazme ver tu rostro”.

Existe ciertamente una intimidad de Moisés con Dios. Esta intimidad se manifiesta de ordinario bajo la forma de una experiencia auditiva y no a través de una experiencia visual. De hecho en Ex 33,11 podemos leer: *“El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo”*. La respuesta de Dios a la petición de Moisés es sumamente clara: *“Mi rostro no lo puedes ver, porque no puede verlo nadie y quedar con vida”* (Ex. 33, 20). Ver a Dios implica por consiguiente la muerte. Y el Señor continúa: *“Aquí hay un sitio junto a mí, ponte sobre la roca. Cuando pase mi gloria, te meteré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después, cuando retire la mano, podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás”* (Ex. 33, 21-23). El Señor describe de forma concreta la experiencia que va a realizar Moisés. Los verbos se encuentran todos en futuro. Uno de esos verbos clave es “pasar”. El Señor anuncia su paso ante Moisés: “Cuando pase ante ti”. Otro verbo clave es «ver». Es el más importante. Se encuentra en la petición misma de Moisés: “Déjame ver tu gloria”. Se encuentra igualmente en las dos respuestas divinas: *“Tu no podrás ver mi rostro”* (Ex 33, 20). *“Me verás de espalda.”* (Ex 33, 23).

Sin embargo la invitación que hace el Señor es, con frecuencia, una invitación a escucharle, a acoger su Palabra: *“Escuchad mi voz y yo seré vuestro Dios”* (Jr 7, 23). *“Escuchad mi palabra y vuestra alma renacerá”* (Is 55, 3). Por otra parte, Dios no cesa de dirigirse a su pueblo para decirle: *“Escucha, Israel”* (Dt 6, 3). En el Evangelio Jesús mismo dice: *“Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí”* (Jn 6, 45), *“Bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen”* (Lc 11, 28).

Escuchar la Palabra presupone, en primer lugar, que Dios nos hable, que Dios se dirija ciertamente a nosotros. Dios no es una idea abstracta o alguien lejano que vive cerrado en sí mismo. Dios, nuestro Dios es un Dios vivo. Podríamos decir mediante una expresión metafórica que Dios tiene un corazón que late como nuestro corazón. Y la Sagrada Escritura afirma que Dios se dirige a nosotros de forma semejante a como se habla con un amigo (Ex 33, 11; Jn 15, 14-15). A

Dios le gusta dirigirse a nosotros (Ba 3, 38) para invitarnos a compartir su propia vida. Decir que Dios, que nuestro Dios es un ser “vivo” es afirmar que Dios se revela, que se manifiesta, que crea una relación íntima con el hombre.

Es cierto que a veces Dios puede parecernos lejano, ausente, que guarda silencio. Le llamamos y no responde; le buscamos y no lo encontramos. Frente a él nos parece que realizamos la experiencia de la soledad, del vacío. Es la actitud que encontramos en algunos Salmos: “*Las lágrimas son mi pan noche y día, mientras todo el día me repiten: ¿Dónde está tu Dios?*” (Ps 41, 4). Es la actitud de Job frente al sufrimiento o el grito de Cristo en la cruz: “*¿Dios mío, Dios mío, por qué me han abandonado?*”. Es la actitud de San Agustín en su búsqueda de Dios.

“Sin embargo, oyendo día tras día: ¿Dónde está tu Dios?, y alimentado diariamente con mis lágrimas, al meditar día y noche lo que oí: ¿Dónde está tu Dios?, yo mismo he procurado buscar a mi Dios, y así, en lo posible, no sólo creer en él, sino poder de algún modo verlo. Veo, sí, lo que ha hecho mi Dios, pero no veo a mi Dios que hizo todo eso. [. . .] ¿Qué debo hacer para encontrar a mi Dios? Me voy a fijar en la tierra: la tierra fue creada; es grandiosa la hermosura de la tierra; pero tiene su artífice. Portentosas son las maravillas de las semillas y de la reproducción de los vivientes, pero todo esto tiene su Creador. Muestro la grandiosidad del mar inmenso que me rodea, me quedo estupefacto, lo admiro; busco su artífice; levanto mis ojos al cielo y contemplo la hermosura de las estrellas; me quedo admirado de la potencia iluminadora del sol durante el día, y de la luna, atenuante de la oscuridad de la noche. Todo admirable, digno de alabanza, y hasta de estupor; porque no son puramente terrenas estas maravillas, sino más bien celestiales. Pero mi sed no se queda ahí todavía; todo esto lo admiro, lo alabo; pero de quien yo tengo sed es de su autor.” (En. Ps. 41,7).

I. DIOS SE REVELA

La manifestación, la revelación de Dios la Biblia la denomina con frecuencia “epifanía”. Epifanía es aparición, hacerse presente, manifestarse. Pero esta palabra no dice cómo Dios se hace presente.

Otra palabra que la Biblia emplea para decir la presencia de Dios entre nosotros es “revelar”, “desvelar”. Desvelar hace referencia a “quitar un velo”. Es la operación de quitar aquello que nos impide ver algo que de suyo está ahí, presente, para hacerlo visible, accesible. Dios está ahí, al lado nuestro, pero para lograr verlo es necesario quitar el velo que nos lo oculta. La palabra desvelar, revelar añade una característica nueva a epifanía: Dios se muestra quitando el velo que lo oculta.

La palabra revelación, desde la perspectiva de Dios, indica, en primer lugar, que es Dios quien toma la iniciativa de venir a nosotros, de mostrarse a nosotros.

Es cierto que esta revelación o presencia de Dios no es para ofrecernos una u otra información o sencillamente para dialogar con nosotros. Dios busca darse a sí mismo para hacernos “participes de su naturaleza divina”. *“Sois mis amigos, dice, si hacéis lo que os mando. No os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su dueño; yo os llamo amigos porque todo lo que he oído de mi Padre, os lo doy a conocer.”* (Jn 15, 14-15).

Dios hablaba con Moisés cara a cara, como “un hombre habla con su amigo” (Ex 33, 11). La palabra que Dios dirige es pues una palabra creadora: hace amigos de Dios a aquellos que la acogen. Pero si por la revelación Dios viene a nosotros, nosotros, para entrar en comunicación con él, tenemos que saber responder a su llamada, a su palabra. La revelación exige de sí una respuesta por parte del hombre. El hombre es invitado a entrar en comunión con Dios, a acoger la vida que le ofrece. La iniciativa viene de Dios, nuestra respuesta viene a continuación.

La revelación exige pues una respuesta de parte del hombre. Acoger la Palabra de Dios lleva consigo la transformación de la vida. San Agustín lo expresa con toda claridad:

“Te pierdes si no te das. La misma caridad habla por medio de la Sabiduría y te dice algo para que no te asuste lo dicho: «Date a ti mismo». Si alguien quisiera venderte una finca te diría: «Dame tu oro». Y si otro quisiera venderte otra cosa cualquiera: «Dame tu moneda, dame tu dinero». Escucha lo que te dice la caridad por boca de la Sabiduría: *Dame tu corazón, hijo. Dame -dijo-. ¿Qué? Tu corazón, hijo.* Estaba malo cuando dependía de ti y era para ti; te arrastraban frivolidades y amores lascivos y dañinos. Quítalo de allí. ¿A dónde lo llevas? ¿Dónde lo pones? *Dame -dice- tu corazón.* Sea para mí y no se pierde para ti. Ve, pues, si quiso dejar algo en ti, con lo que te ames incluso a ti, quien te dice: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.* ¿Qué queda de tu corazón para que te ames a ti mismo? ¿Qué queda de tu alma? ¿Qué queda de tu mente? *Con todo -dijo-. Quien te hizo te exige entero.*” (S. 34, 7).

Pero Dios no solamente ha hablado en otro tiempo, continúa hablando hoy día mismo. La revelación de Dios no es solo un acontecimiento de la historia, es un hecho presente, de hoy día. El Concilio Vaticano II lo afirma con claridad: “Por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía.” (*Dei Verbum* 1, 2).

Ante ello cabe preguntarse ¿cómo acceder a esta presencia o a esta palabra que Dios no cesa de dirigirnos?

Cuando San Agustín trata de este tema del acceso a Dios, emplea con frecuencia las expresiones “ver a Dios”, “oír a Dios”. Es a través de estas expresiones como San Agustín expresa de forma clara su pensamiento con relación a la actualización de la revelación divina en la vida de cada persona.

II. VER Y OÍR A DIOS

Es cierto que el pensamiento griego acentúa el sentido de la vista y, por lo mismo, la representación, la imagen, es decir aquello que puede ser visto. La Biblia, sin embargo, acentúa el valor del sentido del oído, la importancia del oír. La “manifestación” en los griegos

sería, por lo mismo, la antítesis de la Revelación para los hebreos. No obstante, la oposición simplifica en exceso la realidad ³.

La llamada y la respuesta, y no la representación propia a la visión, parece que constituyen los dos parámetros indisolubles del mundo hebraico. La idea de oír, escuchar, rige ciertamente no pocos aspectos de la vida judía. Por esto lo esencial en el trabajo espiritual, para el judío, consiste en poner todos los medios para escuchar y bien escuchar la palabra de Aquel que habla al oído interior del hombre. Esto, sin embargo, no significa que el pensamiento judío desvalorice necesariamente el valor espiritual de la visión, ni que trate de oponer un sentido al otro, la vista al oído. Las expresiones “elevar los ojos” o “¡escuchad!”, “¡oíd!” son sumamente frecuentes en las narraciones bíblicas y siempre haciendo referencia a la comunicación con Dios.

Filón de Alejandría ⁴, uno de los autores más importantes del pensamiento judío, contemporáneo de Jesús, cuyos escritos han tenido una gran influencia en los Padres de la Iglesia, buscaba adaptar el pensamiento bíblico al mundo pagano griego con el fin de que éste no despreciase la Palabra de Dios. Para ello busca pasar del “oír” bíblico al “ver” del mundo griego. Filón en sus obras propone una alegoría sumamente expresiva y que deduce de la etimología del nombre “Israel”. Este nombre significa “El que ve a Dios”. Jacob, al recibir este nombre de parte de Dios, expresa el camino de aquel que busca a Dios, que partiendo de “oír” ha de llegar a “ver”. Recorrer este camino precisa de una conversión en donde los oídos logren transformarse en ojos. El conocimiento más perfecto de Dios es la contemplación, “ver a Dios”. Para llegar a esta contemplación hay que partir de la Palabra de Dios, de oír, de ponerse a la escucha de su Palabra para llegar a verle.

“He aquí lo que es sumamente significativo: la voz humana está destinada para ser escuchada, pero la voz de Dios lo es para ser vista.

³ CHALIER, C., *Sagesse des sens. Le regard et l'écoute dans la tradition hébraïque*, Ed. Albin Michel, Paris 1995.

⁴ JONAS, H., *Le phénomène de la vie*, De Boeck Université, Paris 2001, pp. 145-165, 239-243.

Porque todo lo que Dios dice no son palabras sino obras las cuales los ojos las distinguen mejor que el oído.” (De Decalogo 47).

“Mientras la voz de los seres mortales está orientada al sentido del oído, la Escritura muestra que la Palabras de Dios está orientada a ser vista como la luz, ya que se ha dicho que “*todo el pueblo vio la voz*” (Ex 20, 18) y no la “oyó” [. .] El discurso dividido en nombres, verbos y en los demás miembros de la frase es audible [. .], la voz de Dios es, por el contrario, vista por el ojo del alma, se hace visible [. .] Por esto la Palabra de Dios está orientada al sentido de la vista del alma.” (De migratione Abrahami, 47).

El camino que lleva Dios es un camino en donde pasar de “oír” a “ver” constituye su etapa decisiva. Por ejemplo Ismael, hijo de la esclava, es el “oyente de Dios”, en contraste con Israel que es el “vidente de Dios”.

“Jacob es el nombre del estudio y del progreso, es decir, de aquellas facultades que dependen de “oír”, pero Israel es el nombre de la perfección ya que significa “el vidente de Dios”. ¿Qué hay más perfecto en el reino de la verdad que ver a Aquel que existe verdaderamente?” (De Ebrietate, 82).

Para Filón la perfección del hombre se encuentra en la contemplación, en la visión de Dios. Se precisa, por lo mismo, pasar de “oír la Palabra de Dios” a la visión, a la contemplación del mismo Dios.

III. VER A DIOS

El tema de “ver a Dios” es uno de los temas que se encuentra presente y con insistencia, en toda la obra de San Agustín ⁵. A este tema consagra expresamente varios de sus escritos y, de forma particular,

5 LAGOUANÈRE, J., «Vision spirituelle et vision intellectuelle chez saint Augustin. Essai de topologie», en BLE CVIII (2007) 509-538 ; HARDY, R.-P., *Actualité de la révélation divine. Une étude des «Tractatus in Johannis Evangelium» de Saint Augustin*, Beauchesne, Paris 1974.

la *Carta 147*⁶. Esta carta dirigida a Paulina, dama cristiana sumamente cultivada y, a la vez, exigente en sus peticiones: “Me pides que te escriba prolija y copiosamente acerca del Dios invisible: si podemos verle con los ojos del cuerpo.” (Ep.147, 1).

De Paulina solo conocemos algunos detalles. En la Carta 147, n. 21 habla o hace referencia a su “anillo”, lo cual parece indicar que Paulina estaba casada; el n 38 parece indicar que Agustín y Paulina se habían encontrado ya en otras ocasiones. Paulina, en una carta hoy perdida, le había pedido a Agustín cómo se puede hablar de ver a Dios puesto que Dios es invisible (Ep. 147,1).

La Carta 147 fue escrita el año 413-414. En ese momento el tema de la visión de Dios era un tema predominante en la producción literaria de Agustín. A este tema consagra tres cartas, 92 (408), 147 y 148 (413-414); tres *Sermones*, 23 (413-414), 53 (415), y 277 (413); el Libro I de los *Soliloquios* (386-387), *De Genesi ad litteram*, casi todo el libro XII (412). En esta misma fecha, 414, San Agustín estaba escribiendo el *De Trinitate* y se interesaba al tema de la visión de Dios, tema que le había preocupado ya poco después de su conversión como lo muestra su libro *Soliloquios*. En esta misma época, en el 414, San Agustín está escribiendo los Tratados 18, 19 y 23 de su *Tractatus in Johanem Evangelium* en donde comenta a Jn. 5, 19 sobre la visión del Padre por Cristo. Casi al final de su vida, en la *Ciudad de Dios* L. XXII Agustín retorna sobre este tema, pero a la luz de los bienaventurados en el cielo⁷.

En los Soliloquios (386-387) afirma que “ver a Dios” es “comprender” a Dios: “*Deum videre, hoc est Deum intelligere*” (Sol I, 7, 14). El deseo de ver a Dios, solo es posible conseguirlo mediante la fe, la esperanza y la caridad. Para mostrarlo San Agustín hace un análisis detallado de la visión. Para que la visión se realice se necesita, en primer lugar, tener ojos, luego, mirar y, en fin, ver.

6 ALBARIC, M., *Les Sources bibliques du De Videndo Deo de saint Augustin*, Paris 1970; STUDER, B., *Zur Theophonie Exegese Augustins. Untersuchung zu einem Ambrosius-Zitta in der Schrift De Videndo Deo*, Rome 1971; MIZUOCHI, K., «Sentire intelligere, credere. Augustinus, Epistula 147, De Videndo Deo I-IV, 11», en *Studies in Medieval Thought* 22 (1980) 223-224.

7 MARTIN-DE BLASSI, F., «San Agustín y los sentidos espirituales: el caso de la visión interior», en *Teología y Vida* 59 (2018) 15-18.

“No es lo mismo tener ojos que mirar, ni mirar que ver. Luego el alma necesita tres cosas: tener ojos, mirar, ver.” (Sol. I, 6, 12).

Y estas tres condiciones son atribuidas analógicamente al alma que desea ver a Dios:

“El ojo del alma es la mente pura de toda mancha corporal, esto es, alejada y limpia del apetito de las cosas corruptibles. Y esto principalmente se consigue con la fe; porque nadie se esforzará por conseguir la sanidad de los ojos si no la cree indispensable para ver lo que no puede mostrársele por hallarse inquinada y débil. Y si cree que realmente, sanando de su enfermedad, alcanzará la visión, pero le falta la esperanza de lograr la salud, ¿no es verdad que rechazará todo remedio, resistiéndose a los mandatos del médico?” (Sol. I, 6, 12).

“Tener ojos para ver “equivale a poseer” una mente pura de toda mancha corporal, esto es, alejada y limpia de todo apetito de las cosas corruptibles”. Y esto solo es posible mediante la ayuda de la fe. “Mirar” exige que la razón se oriente o dirija sus ojos hacia Dios:

“La razón es la mirada del alma; pero como no todo el que mira ve, la mirada buena y perfecta, seguida de la visión, se llama virtud, que es la recta y perfecta razón. Con todo, la misma mirada de los ojos ya sanos no puede volverse a la luz, si no permanecen las tres virtudes: la fe, haciéndole creer que en el objeto de su visión está la vida feliz; la esperanza, confiando en que lo verá, si mira bien; la caridad, queriendo contemplarlo y gozar de él.” (Sol. I, 6, 13).

La visión de Dios otorga una vida feliz, bienaventurada. Es la realización plena del deseo más profundo del hombre: ser feliz.

“A la mirada sigue la visión misma de Dios, que es el fin de la mirada no porque ésta cese ya, sino porque Dios, que es el único objeto a cuya posesión aspira, y tal es la verdadera y perfecta virtud, la razón que llega a su fin, premiada con la vida feliz. Y la visión es un acto intelectual que se verifica en el alma como resultado de la unión del entendimiento y del objeto conocido, lo mismo que para la visión ocular concurren el sentido y el objeto visible, y ninguno de ellos se puede eliminar, so pena de anularla.” (Sol. I. 6 13).

En aquel momento, en el año 387, Agustín juzga que podemos llegar ciertamente a ver a Dios en esta vida:

“Luego tres condiciones son necesarias al alma: que esté sana, que mire, que vea. Las otras tres, fe, esperanza y caridad, son indispensables para lo primero y segundo. Para conocer a Dios en esta vida, igualmente las tres son necesarias; y en la otra vida sólo subsiste la caridad.” (Sol I, 6, 14).

Sin embargo años más tarde, hacia el 404, juzga que la visión de Dios se hace imposible en esta vida ya que no somos más que peregrinos hacia la plena visión de Dios en el cielo. En esta vida los ojos del alma no llegan a purificarse plenamente y, por lo mismo, no logran ver la realidad de Dios más que en penumbra:

“Quizá alguien piense que, aun en esta existencia mortal, puede ocurrir a un hombre que, removida y eliminada toda nube de imaginación corpórea, llegue a poseer la luz serenísima de la verdad inmutable y que, apartada completamente el alma de la costumbre de esta vida, se adhiera a ella en forma constante e indefectible. Ese tal no entiende ni qué es lo que busca ni quién el que lo busca. Crea más bien a la autoridad sublime y nunca falaz que, mientras estamos en este mundo, somos peregrinos lejos del Señor y que caminamos en la fe, no en la realidad. Y así, reteniendo y custodiando con perseverancia la fe, la esperanza y la caridad, ponga su mirada en la realidad, valiéndose de la fianza que hemos recibido, el Espíritu Santo, que nos enseñará toda la verdad. Esto acontecerá cuando Dios, que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, haya vivificado también nuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en nosotros.” (De cons. Evang. IV, 10, 20).

Hacia el año 413, San Agustín se ve obligado a retomar este tema de la visión de Dios. Paulina se extraña oír de la boca de un obispo que Dios podía ser visto y que, de hecho, es visto cara a cara por los justos. Pero he aquí que nuestros ojos no pueden ver más que aquello que es corporal y Dios no es, en forma alguna, corporal. Por consiguiente, Dios es invisible para los ojos de nuestro cuerpo. Ante esto se decide a escribir a Agustín y cuenta con una respuesta amplia y detallada.

La respuesta de San Agustín es ciertamente amplia. Su carta es un verdadero tratado sobre el tema. Su estilo literario es confidencial, la conversación con un amigo. Más aún, su carta es una invitación a Paulina para que realice una meditación entrando en ella misma. Le pide a Paulina que entre en su corazón, que se recoja y, a la vez, que lea meditativamente esta carta una y otra vez.

“Pero baste que consideres lo dicho. Leyéndolo y releéndolo desde el principio de mi carta, quizá advertirás sin vacilación alguna que debes preparar un corazón limpio para ver a Dios con su ayuda.” (Ep. 147, 54).

San Agustín es plenamente consciente de la dificultad del tema. Solo es posible acercarse a él con un corazón puro y abierto a las inspiraciones del Señor:

“Me parece que en esta investigación vale más el modo de vivir que el modo de hablar. Porque los que aprendieron del Señor Jesús a ser mansos y humildes de corazón, más progresan meditando y orando que leyendo y escuchando.” (Ep. 147, 1).

Es necesario, por consiguiente, comenzar por recoger el espíritu, entrar en sí mismo. La interioridad no nos aísla ni nos aleja de Dios y de los demás para encerrarnos en nosotros mismos. La interioridad nos abre a Dios, a los hombres y a todas las cosas creadas. Es en lo más profundo del corazón, en donde el Señor nos instruye y nos hace conocer la Verdad.

“Percibe, pues, el sentido de las palabras según el hombre interior. Este *se renueva de día en día*, incluso cuando *el exterior se corrompe*, ya por la mortificación de la abstinencia, ya por la falta de salud, ya por algún accidente, ya, en todo caso, por aumento de edad, cosa que ha de ocurrirles aun a los que gozan por largo tiempo de perfecta salud. Levanta, pues, el espíritu de tu mente, que *se renueva en conocimiento según la imagen del que le creó*; en él habita Cristo por la fe [. . .] Levantada en ese tu interior, mira y ve lo que hablo. No quiero que sigas mi autoridad de modo que pienses que es necesario creer algo porque lo digo yo. Cree a las Escrituras canónicas, si todavía no ves cuán verdadero algo es, o cree a la Verdad, que te lo ilumina en tu interior para que lo veas perfectamente.” (Ep. 147, 2).

San Agustín hace referencia al hombre interior. Cristo habita en él y en él nos instruye. Él es el verdadero Maestro.

“No debes juzgarte desolada mientras, según el hombre interior, tengas presente a Cristo en el corazón por la fe.” (Ep. 92, 1).

IV. “REDE IN TE IPSUM”

El tema del “hombre interior” es ciertamente un tema presente en no pocos filósofos griegos y, de forma particular, en Platón:

“Y a la inversa, el que sostiene la conveniencia de la justicia vendría a decir que es necesario obrar y hablar de tal modo que de ello resulte *el hombre interior*, el más fuerte dentro del otro hombre y sea él quien se cuide de la bestia bicéfala y la crie cultivando, como un labrador, lo que hay en ella de manso.” (República IX, 12, 585 a-b).

Esta misma idea de Platón es recogida posteriormente por Plotino.

“No. Dijimos que también el compuesto es nuestro, sobre todo cuando aún no estamos separados, ya que aún las afecciones que experimenta nuestro cuerpo decimos que las experimentamos nosotros. El «nosotros» tiene, pues, dos sentidos: el que incluye la bestia y el que trasciende ya la bestia. Ahora bien, “bestia” es el cuerpo vivificado; pero *el hombre verdadero* es otro, el que está puro de dichas afecciones, poseyendo las virtudes intelectivas las cuales residen en el alma misma que está tratando de separarse, tratando de separarse y separada aun estando acá todavía. (Y es que, una vez que ésta se haya apartado del todo, también la que es un destello de ella se marcha en su compañía.) En cambio, las virtudes que se implantan no por la sabiduría, sino «por el hábito y el ejercicio» son propias del compuesto. Porque del compuesto son los vicios, pues que las envidias, los celos y las conmisericordias también lo son. –Y la amistad ¿de quién es? –Una del compuesto humano y otros del «*hombre interior*» (En.I, 1,10).

Para Plotino el “yo” o el “nosotros” puede significar ya el alma o ya todo el compuesto humano. A propósito de la amistad dirá por ejemplo que hay dos tipos o dos clases de amistad: una que es propia del hombre formado por el cuerpo y el alma y otra propia del hombre interior.

“Ha quedado ya demostrado que hay que pensar que las cosas son así: que existe lo que está más allá del Ser, o sea, el Uno, tal cual nuestro razonamiento trató demostrado en la medida en que la demostración era posible en este asunto; que, seguidamente, existe el Ser y la Inteligencia y que, en tercer lugar, existe la naturaleza del Alma. Ahora bien, del mismo modo que esta trinidad de la que hemos hablado existe en la naturaleza, así hay que pensar que también habita en el hombre. Quiero decir: no «dentro del hombre sensible» –pues esa Trinidad es trascendente–, sino «encima del hombre que está fuera de las cosas sensibles” y este «fuera de» se entiende del mismo modo que aquella está fuera del universo entero. Pues así también «la casa del hombre» es la que Platón caracteriza como «el hombre interior». Por tanto, también nuestra alma es cosa divina y de una naturaleza distinta, como lo es la naturaleza universal del Alma. Pero es alma perfecta la que está dotada de inteligencia” (En. V, 1, 10, 6-10).

San Agustín conoce este tema del “hombre interior” ya sea a través de estos textos de Platón o de Plotino o quizás a través de alguna de las obras de Porfirio como “*De regressu animae*”⁸.

Por otra parte este tema del “hombre interior” es un tema familiar entre los diferentes autores cristianos los cuales lo toman generalmente de San Pablo:

“Así, pues, descubro la siguiente ley: yo quiero hacer lo bueno, pero lo que está a mi alcance es hacer el mal. En efecto, según el *hombre interior*, me complazco en la ley de Dios” (Rm 7, 21-22).

8 MADEC, G., «L’homme intérieur selon saint Ambroise», en *Ambroise de Milan, XVIe Centenaire de son élection épiscopale*, Études Augustiniennes, Paris 1974, pp. 284-287; *ibid.*, «Conversion, intériorité, intentionnalité», en *Petites Études Augustiniennes*, Études Augustiniennes, Paris 1994, pp. 151-162 ; SOLIGNAC, A., «Homme intérieur», en *Dictionnaire de spiritualité*, VII, c 651-652.

“Por eso, no nos acobardamos, sino que, aun cuando nuestro *hombre exterior* se vaya desmoronando, nuestro *hombre interior* se va renovando día a día.” (2 Cor 4,16)

“Pidiéndole que os conceda, según la riqueza de su gloria, ser robustecidos por medio de su Espíritu en vuestro *hombre interior*; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones” (Eph 3,16-17).

En unión con este tema del hombre interior está la llamada “teoría de los sentidos espirituales”. Orígenes la había expuesto con plena claridad. Para él existe una estrecha relación entre el hombre interior y el hombre exterior.

“Hay dos hombres en cada uno de nosotros [. .] Ahora bien, lo mismo que el hombre exterior tiene como homónimo al hombre interior, acontece lo mismo con sus miembros; se puede decir que cada miembro del hombre exterior se encuentra, y bajo el mismo nombre, en el hombre interior. El hombre exterior tiene unos ojos; del hombre interior se dice igualmente que tiene unos ojos: “Ilumina mis ojos y que no me duerma jamás en la muerte” (Ps 12, 4) No es de los ojos de nuestro cuerpo de lo que se trata aquí, ni del sueño sensible, ni de la muerte en el sentido corriente. “El precepto luminoso del Señor ilumina nuestros ojos” (Ps 18, 9) [. .] Los ojos del hombre interior son más perspicaces que nosotros: “Quita el velo de mis ojos y penetraré las maravillas de tu ley” (Ps 118, 8) [. .] El hombre exterior tiene oídos, el hombre interior los tiene igualmente: “Quien tenga oídos para oír que oiga” (Mt 11, 15) (Orígenes, *Diálogo con Heráclides* 16).

San Agustín habla con frecuencia de los “ojos del corazón” y de los “oídos del corazón” como habla igualmente de “la mano del corazón” (Conf 8, 10, 12) o de “la boca del corazón” (Conf. 6, 3, 3)⁹. Los sentidos internos son análogos a los sentidos externos. Y es precisamente con los sentidos del hombre interior cómo podemos oír o ver a Dios¹⁰.

9 BERROUARD, M. F., «Le sens du cœur», BA 72, 736-738 ; MADEC, G., «Cor», en *Augustinus-Lexikon*, 2, 1-6.

10 PEPIN, J., «Augustin et Origène sur les *sensus interiores*», en *Lessico Intellettuale Europeo, Sensus-. Sensatio*, Firenze 1996, pp. 11-23.

Para San Agustín el “ojo interior”, aquel que nos permite “ver” a Dios, es aquella parte del alma que posee la función de discernir, de juzgar la realidad cuando se encuentra iluminada por la Luz fuente de toda luz. El hombre es “imagen de Dios” y, por lo mismo, “sus ojos interiores” son iluminados por la Luz divina: *“Porque en ti está la fuente viva y tu luz nos hace ver la luz”* (Ps 36, 10) ¹¹.

V. LOS TEXTOS DE LA ESCRITURA

Después de las alabanzas y saludos acostumbrados, San Agustín le expone a Paulina los textos de la Sagrada Escritura que hablan de la visión de Dios, de un Dios que habita en una luz inaccesible, que nadie ha visto jamás a no ser el Hijo único que está en el seno del Padre. Toda la Carta está fundamenta en el análisis de los diferentes textos bíblicos leídos y comentados a la luz de los dos maestros de San Agustín en la interpretación de la Sagrada Escritura: San Ambrosio y San Jerónimo.

Después de reflexionar sobre la distinción entre creer y ver, (Ep. 147,6-11) San Agustín interroga la Sagrada Escritura sobre la visión de Dios y constata que existe una verdadera discordancia entre sus textos, como por ejemplo: *“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”* (Mt 5, 8) y *“Sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es”* (1 Jn 3, 2); por el contrario en la Sagrada Escritura se encuentra esta otra afirmación: *“A Dios nadie lo ha visto jamás”* (Jn 1, 18). Y San Agustín reflexiona sobre este tema (Ep.147, 12-17).

Para resolver la discordancia entre estos textos de la Escritura, San Agustín se detiene, en primer lugar, sobre la interpretación de la Sagrada Escritura, sobre los principios hermenéuticos por los que se ha de regir su interpretación:

“¿Con qué norma de interpretación demostraremos que estos textos, que al parecer se contradicen y oponen, no son contrarios ni se

11 LAGOUANÈRE, J., «Vision spirituelle et vision intellectuelle chez saint Augustin. Essai de topologie», en BLE CVIII (2007) 530-533.

contradicen? Porque no puede suceder que esta autoridad de las Escrituras diga mentira por parte alguna.” (Ep. 147, 14).

A continuación San Agustín pasa analizar y a reflexionar sobre las diferentes explicaciones de sus maestros San Ambrosio y San Jerónimo. Y concluye esta segunda parte de la Carta haciendo un amplio resumen de lo expuesto:

“Atiende ahora con diligencia, y recuerda lo que hemos dicho; mira a ver si queda explicado lo que me proponías y parecía tan difícil de explicar. Si preguntas si Dios puede ser visto, respondo: puede. Si me preguntas cómo lo sé, respondo: porque en la Escritura se dice: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*, y en otros testimonios semejantes. Si me preguntas cómo se dice que es invisible, si puede ser visto, respondo: es invisible por naturaleza, pero es visto cuando quiere y como quiere. En efecto, muchos le vieron, no como Él es, sino en la apariencia en que quiso aparecer. [. .] Si me preguntas cómo le veremos, te respondo: como le ven ahora los ángeles, a quienes entonces seremos iguales. Al modo que vemos estas cosas que llamamos visibles, *nadie vio jamás a Dios* ni puede verle, porque *habita en una luz inaccesible* y es por naturaleza invisible, como es incorruptible; eso lo relaciona el Apóstol en aquel texto: *Al Rey de los siglos invisible, incorruptible*. Como ahora es incorruptible y lo seguirá siendo, así ahora y siempre es y será invisible. «No se le ve en un lugar, sino que se le ve con el corazón limpio. No se le busca con ojos corporales, ni se le circunscribe con la mirada, ni se le sujeta con el tacto, ni se oye su voz, ni se siente su paso.» (Ep. 147, 37).

Finalmente, Agustín expone su pensamiento personal. Le dice a Paulina que ella misma puede encontrar la solución a este problema si entra en su corazón.

Se puede hablar de la visión de dos formas: se puede ver un objeto con los ojos del cuerpo, o se le puede ver con los ojos del corazón ¹².

12 MADEC, G., *Lectures augustinienes*, Institut d'Eudes Augustiniennes, Paris 2001, pp. 221-239.

Si fijamos nuestra atención en la visión con los ojos del cuerpo es preciso afirmar que Dios es invisible puesto que es incorporeal.

“Y pues lo visible se llama cuerpo en el lenguaje corriente, de Dios se dice que es invisible, para que no se piense que es un cuerpo. Pero no privará a los limpios de corazón de la contemplación de su ser puesto que esta grande y suprema recompensa la promete a aquellos que le honran y le aman.” (Ep. 147, 48).

“Los ojos del cuerpo ni ahora pueden ni entonces podrán ver esa luz. Todo lo que puede verse con los ojos del cuerpo, debe necesariamente estar en un determinado lugar, y no todo en todas partes; debe ocupar con una menor parte de sí un menor espacio, y con una mayor parte de sí un mayor espacio. Mas no es así el Dios invisible e incorruptible, *el único que tiene la inmortalidad y habita una luz inaccesible, a quien ningún hombre vio ni puede ver*. El hombre no puede verle mediante el órgano corpóreo con que ve los cuerpos. Pero, si fuese inaccesible a las mentes piadosas, no se nos diría: *Acercaos a Él y seréis iluminados*; si a las mentes piadosas fuese invisible, tampoco se nos diría: *Le veremos como Él es* [...] Luego le veremos en cuanto seremos semejantes a Él, puesto que ahora en tanto no le vemos en cuanto que somos desemejantes. Nos permitirá verle aquello que nos asemeja a Él. ¿Y qué loco osará decir que somos o seremos semejantes a Dios por el cuerpo? Esta semejanza debe ponerse, pues, en el hombre interior *que se renueva en el conocimiento de Dios según la imagen de aquel que le creó*. Ahora bien, en tanto nos hacemos semejantes a Dios en cuanto progresamos más y más en su conocimiento y amor, porque, *aunque nuestro hombre exterior se corrompa, el interior se renueva de día en día*.” (Ep 92, 3).

Sin embargo Dios puede ser visto con los ojos del corazón puesto que Dios es inteligible en sí mismo. San Agustín otorga a la palabra corazón el sentido bíblico: centro de la intimidad humana en donde la persona entra en comunicación con lo divino. La visión del corazón incluye la visión intelectual de las verdades inteligibles y la visión de la luz divina. No obstante, en la condición presente en la que nos encontramos, los ojos del corazón se encuentran enfermos, están como velados.

“*Dios es luz*; pero no creas que es esta luz que contemplan los ojos, sino una luz que el corazón intuye cuando oyes decir: *Dios es verdad*. No preguntes qué es la verdad, porque al momento cendales de corpóreas imágenes y nubes de fantasmas se interponen en tu pensamiento, velando la serenidad que brilló en el primer instante en tu interior, cuando dije: “Verdad”. Permanece, si puedes, en la claridad inicial de este rápido fulgor de la verdad; pero, si esto no te es posible, volverás a caer en los pensamientos terrenos en ti habituales.” (Trin. 8, 2, 3).

Solo un corazón puro, limpio puede ver a Dios. Platón en el *Fedón* y en la *Carta Séptima* muestra con claridad que el conocimiento de la realidad espiritual es inseparable de una experiencia de purificación. Es la solución que propone San Agustín sobre la visión de Dios fundamentándose en el Evangelio de San Mateo (5, 8):

“No se le ve en un lugar, sino que se le ve con el corazón limpio. No se le busca con ojos corporales, ni se le circunscribe con la mirada, ni se le sujeta con el tacto, ni se oye su voz, ni se siente su paso». [. . .] A esos ojos se refiere el Apóstol diciendo: *Los ojos iluminados de vuestro corazón*; y de ellos dice: *Ilumina mis ojos para que nunca se duerman en la muerte*. Porque *el Señor es espíritu, y en consecuencia los que se adhieren al Señor se hacen un espíritu con Él*, y el que puede ver invisiblemente a Dios, ése puede adherirse incorporalmente a Él.” (Ep. 147, 37).

El corazón puro puede ver a Dios, pero el corazón puro solo lo es en plenitud en la vida del cielo. Los bienaventurados ven a Dios cara a cara. El cielo es la región de la luz y la transparencia. En él no hay noche ni oscuridad. Todo se encuentra iluminado por la Luz que es Dios. San Agustín desarrolla ampliamente estas ideas al final de su vida, en el Libro XXII de la Ciudad de Dios.

San Agustín invita a Paulina a entrar en ella misma, en su corazón para reconocer esa Luz interior que le otorga una evidencia radicalmente diferente de aquella que ofrecen los sentidos. En el hombre interior habita la Verdad.

Entrar en el corazón exige desprenderse de aquello que nos aleja de nosotros mismos. La pureza del corazón va unida al recogimiento,

a la humildad y a la caridad. La invitación a entrar en el corazón es una invitación a entrever el rostro de Dios.

“Es razonable tu interés. Pues te promete la razón, que habla contigo, mostrarte a Dios como se muestra el sol a los ojos. Porque las potencias del alma son como los ojos de la mente; y los axiomas de las ciencias aseméjanse a los objetos, ilustrados por el sol para que puedan ser vistos, como la tierra y todo lo terreno. Y Dios es el sol que los baña con su luz. Y yo, la razón, soy para la mente como el rayo de la mirada para los ojos. No es lo mismo tener ojos que mirar, ni mirar que ver. Luego el alma necesita tres cosas: tener ojos, mirar, ver. El ojo del alma es la mente pura de toda mancha corporal, esto es, alejada y limpia del apetito de las cosas corruptibles. Y esto principalmente se consigue con la fe; porque nadie se esforzará por conseguir la salud de los ojos si no la cree indispensable para ver lo que no puede mostrarsele por hallarse inquinada y débil. Y si cree que realmente, sanando de su enfermedad, alcanzará la visión, pero le falta la esperanza de lograr la salud, ¿no es verdad que rechazará todo remedio, resistiéndose a los mandatos del médico?” (Sol. I, 6, 12).

Ver a Dios supone que los ojos del hombre interior estén inundados de aquella Luz que es fuente de toda luz. Dios es la luz que ilumina nuestra inteligencia y nos permite verle.

“Aquella luz es el mismo Dios, porque *luz es Dios y no hay en El tiniebla alguna*. Pero es luz de las mentes purificadas, no de estos ojos del cuerpo. Entonces será idónea para ver aquella luz esta mente que ahora no lo es.” (Ep. 92, 2).

En un breve texto San Agustín resume su pensamiento sobre este tema. En el hombre, creado a imagen de Dios y renovado bajo la acción de la gracia divina, los ojos del corazón están inundados de la Luz divina y logran, en cierto modo, ver a Dios.

“Nuestro hombre interior, que es una mísera imagen de Dios, no engendrada, sino creada por El, aunque se renueva de día en día, ya habita, sin embargo, en esa luz a la que ninguna sensación de los ojos corporales tiene acceso. Esas cosas que contemplamos en dicha luz con los ojos del corazón se distinguen entre sí, y, no obstante, no están

separadas por ningún espacio local. ¿Qué será Dios, que habita en *una luz inaccesible* para los sentidos corporales, a la que no puede tener acceso el mismo corazón a no ser que esté limpio? [. .] Espiritualizándonos en esa vida vivificadora, podremos juzgarlo todo y por nadie seremos juzgados.” (Ep.147, 17, 44).

VI. “TU LUZ NOS HACE VER LA LUZ” (Ps 36, 10)

San Agustín hace un análisis detallado de esta luz interior que nos permite ver las realidades espirituales. Esta luz se encuentra más íntimamente unida a nuestro espíritu que la luz del sol lo está a los ojos de nuestro cuerpo. La luz espiritual disipa toda opacidad; atraviesa el espíritu de parte a parte y lo hace translúcido y luminoso. En realidad purifica el corazón.

Esta luz que nos permite ver a Dios, sentirlo, hacer su experiencia no es más que el hecho de haber sido creados a imagen de Dios. Llevamos impresa en lo más profundo de nuestro ser la huella de Dios. Dios está, por lo mismo, presente, en cierto modo, en nuestro corazón, como lo está el modelo en su imagen. Esta imagen de Dios que somos nos permite ver en cierto modo a Dios mismo. Es en virtud de esta presencia de Dios en nosotros cómo el espíritu es capaz de conocer a Dios.

“Cuando, empero, llegue la visión facial prometida, veremos la Trinidad incorpórea, sumamente indivisible y verdaderamente inmutable, y la veremos con mayor claridad y certeza que ahora vemos su imagen, que somos nosotros; los que ven en este espejo y en este enigma según es concedido ver en la vida presente no son los que contemplan en su mente cuanto hemos recomendado y discutido, sino los que la ven como una imagen y todo lo que ven lo relacionan con aquel cuya imagen son, y a través de esta su imagen que contemplando intuyen, ven por conjeturas a Dios, porque aún no le pueden ver cara a cara. No dice el Apóstol: “Vemos ahora un espejo”, sino: *Vemos ahora como por un espejo.*” (De Trin. 15, 24, 44).

Pero el hombre es semejante a ciertos cuadros que se conservan en las catedrales o en los claustros de los monasterios. El tiempo ha ido depositando sobre ellos el polvo, el humo, la polución y las imágenes que representan se encuentran oscurecidas. Es casi imposible ver lo que esos cuadros representan. Tienen necesidad de ser restaurados, de limpiarlos. Tenemos necesidad igualmente de purificar nuestro corazón para ver en él a Dios.

Para ver a Dios es necesario, por consiguiente, purificar nuestro corazón. A Dios lo vemos en la imagen que somos. Se precisa por lo mismo entrar en nosotros mismos, y descubrir a Dios en lo más íntimo de nuestro ser.

“Los corazones necios no pueden captar esta luz, porque los oprime el peso de sus pecados, para que no puedan verla. Pero no piensen que la luz está ausente, precisamente porque ellos no pueden verla. Ellos, en efecto, son tinieblas por sus pecados. *Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.* Es lo que ocurre, hermanos, con un ciego puesto al sol. El sol está presente, pero él está ausente para el sol. Esto es lo que sucede con todo el que tiene un corazón necio, injusto, impío o ciego. Presente está la sabiduría, pero para uno que es ciego es como si estuviera ausente de sus ojos. No porque ella no le acompañe, sino porque él está distante de ella. ¿Y qué ha de hacer éste? Purificarse hasta poder ver a Dios. Como si alguien tuviese ceguera por tener sucios y enfermos sus ojos, porque le ha caído polvo o por irritación o por el humo, y el médico le dijese: «Debes asear tu ojo de todo lo que le molesta, hasta que puedas ver con claridad». El polvo, la irritación ocular y el humo son los pecados y las injusticias. Quitade tu corazón todo esto y verás la sabiduría, porque está presente. Dios es la Sabiduría misma; y está escrito: *Dichosos los de corazón limpio, porque éstos verán a Dios.*” (In Jo. ev. tr.1,19).

VII. LA FE PURIFICA LOS OJOS DE NUESTRO CORAZÓN PARA VER A DIOS

Lo que purifica nuestro corazón es, para San Agustín, en primer lugar, la fe¹³. Es cierto que cuando San Agustín habla de la fe resalta no pocos de sus múltiples aspectos¹⁴. La fe es, por ejemplo, el asentimiento a lo que dice o promete alguien. San Agustín habla igualmente de la fe bajo el aspecto de su objeto, es decir, de lo que creemos, de los diferentes misterios de Dios, de Cristo, de la Iglesia expresados en la Profesión de la fe. Pero San Agustín habla de la fe, sobre todo, a propósito de lo que ella hace o realiza en el corazón del hombre: la fe es ofrecerse a Cristo poniendo en él toda la confianza. La fe, bajo este aspecto, es más una actitud de vida que una adhesión intelectual. Es la orientación del corazón hacia Dios. Nos libera de nosotros mismos, de nuestra autosuficiencia, de nuestro orgullo para fundamentar la vida exclusivamente en Dios.

San Agustín asigna a la fe, sobre todo, la función de purificar el corazón, los ojos del alma (De Trin.13,19,24; 13, 20, 25; Ep 120, 1,3) y, por lo mismo, es ella quien permite ver a Dios, más aún llegar a “tocar” a Dios. Con suma frecuencia San Agustín recurre a los sentidos espirituales para expresar su deseo de unión con Dios. Y es la metáfora del sentido del tacto la que usa con mayor frecuencia:

“Me he trascendido para tocarlo, pues *sobre mí* está quien me ha hecho; nadie le toca, sino quien se trasciende.” (In Jo ev. tr. 20, 11).

“*Ellas se le acercaron, le agarraron los pies y lo adoraron*, cuando ciertamente aún no había subido al Padre. ¿Cómo entonces le dice ahora: *No me toques, pues aún no he subido a mi Padre?* Palabras que parecen dar a entender que María podría tocarlo una vez que hubiese subido al

13 HUFTIER, M., «Les yeux de la foi chez saint Augustin», en *Mélanges de science religieuse* 25 (1968) 57-66, 105-114.

14 MOHRMANN, Ch., «Credere in Deum. Sur l'interprétation théologique d'un fait de langue», en *Études sur le latin des chrétiens* 1, Roma 1961, pp. 195-203; CAMELOT, P. Th., «Credere Deo, credere Deum, credere in Deum. Pour l'histoire d'une formule traditionnelle», en *Revue des sciences philosophiques et théologiques* 30 (1941-1942) 149-155.

cielo. Si no lo toca cuando está en la tierra, ¿qué mortal puede tocarlo ya sentado en el cielo? Aquel tocar simboliza la fe. Toca a Cristo quien cree en él. Pues también aquella mujer que padecía un flujo de sangre dijo para sí: *Si toco la orla de su vestido, sanaré*. Lo tocó con la fe, y acto seguido llegó la curación, como había supuesto. Además, para que conociéramos qué significa en verdad ese tocar, el Señor dijo a continuación a sus discípulos: *¿Quién me ha tocado?* Le respondieron los discípulos: *La multitud te apretuja y preguntas: ¿Quién me ha tocado?* Y él replicó: *Alguien me ha tocado*, como diciendo: «La multitud apretuja, la fe toca». Esta María a la que dijo el Señor: *No me toques, pues aún no he subido a mi Padre*, parece que simboliza a la Iglesia, que creyó en Cristo una vez ascendido al Padre.” (S.243, 2).

Subrayando este aspecto de purificación, San Agustín juzga que la incapacidad actual de contemplar a Dios no se fundamenta única y exclusivamente en la perfección absoluta de Dios: Dios que sobrepasa todo conocimiento, sino en la enfermedad de los ojos del corazón.

“Los corazones necios no pueden captar esta luz, porque los oprime el peso de sus pecados, para que no puedan verla. Pero no piensen que la luz está ausente, precisamente porque ellos no pueden verla. Ellos, en efecto, son tinieblas por sus pecados. *Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron*. Es lo que ocurre, hermanos, con un ciego puesto al sol. El sol está presente, pero él está ausente para el sol. Esto es lo que sucede con todo el que tiene un corazón necio, injusto, impío o ciego. Presente está la Sabiduría, pero para uno que es ciego es como si estuviera ausente de sus ojos. No porque ella no le acompañe, sino porque él está distante de ella. ¿Y qué ha de hacer éste? Purificarse hasta poder ver a Dios. Como si alguien tuviese ceguera por tener sucios y enfermos sus ojos, porque le ha caído polvo o por irritación o por el humo, y el médico le dijese: «Debes asear tu ojo de todo lo que le molesta, hasta que puedas ver con claridad». El polvo, la irritación ocular y el humo son los pecados y las injusticias. Quitá de tu corazón todo esto y verás la Sabiduría, porque está presente. Dios es la Sabiduría misma; y está escrito: *Dichosos los de corazón limpio, porque éstos verán a Dios*.” (In Jn. ev. tr. 1, 19).

San Agustín reviene con suma frecuencia sobre este tema. Frente a la orgullosa seguridad de los filósofos paganos que buscan llegar

a la visión de Dios a través de sus propias fuerzas, él coloca la humilde súplica y el ardiente deseo de ver la Luz de Dios. Los filósofos paganos consideraban la materialidad del cuerpo como la dificultad mayor para ascender a la visión de Dios. Sin embargo él juzga que es la soberbia del espíritu quien impide ver a Dios: Dios resiste a los soberbios.

La fe nos acerca, nos aproxima de Dios hasta llegar incluso a tocarlo con las manos del corazón como la Hemorroísa y María Magdalena en el Evangelio.

“¿Qué significa, pues: No me toques? Este tocar simboliza la fe, pues tocando se acerca uno al tocado. Pensad en aquella mujer que padecía flujo de sangre. Decía en su corazón: *Sanaré si toco la orla de su vestido*. Se acercó, la tocó y sanó. ¿Qué significa: «*Se acercó y la tocó*»? Se acercó y creyó. Para que sepáis que lo tocó mediante la fe, dijo el Señor: *Alguien me ha tocado*. ¿Qué es me ha tocado, sino «*ha creído en mí*»? Para que veáis que tocar equivale a creer, le respondieron los discípulos y le dijeron: *La multitud te apretuja y preguntas: ¿Quién me ha tocado?* Si caminaras solo, si el gentío se apartase para que tú pasases, si nadie estuviese a tu lado, con razón dirías: *Alguien me ha tocado*. ¡Te apretuja una multitud, y te fijas en que uno te ha tocado! Pero él insistió: *Alguien me ha tocado*. Primero había preguntado: ¿Quién me ha tocado?, y luego afirma: *Alguien me ha tocado*. Lo sabéis, puesto que decís: La multitud te apretuja. Alguien me ha tocado. Esta multitud sabe apretujar, mas no tocar. Está claro que es esto lo que quiso indicar al decir: *¿Quién me ha tocado? Alguien me ha tocado*. Pretendía que creyéramos que ese tocar es el creer de quien toca, o, mejor, el acercarse de quien cree.” (S. 244, 3).

La fe purifica, limpia la imagen de Dios que somos y nos identifica cada vez más con Cristo ya que él es “la Imagen de Dios” y hemos sido creados a su imagen. La perfección consiste en conformarnos a él. Él es nuestra Forma.

“Para eso se purifican nuestros corazones mediante la fe, porque se nos ha prometido la visión de Dios como un premio de la fe.” (Ep 92, 6).

“Cristo nos amonesta desde fuera, él que habita en el interior, para que entremos en nosotros mismos y adquiramos vida y forma por él, porque es la Forma increada de todo cuanto existe.” (S. 264, 4).

San Agustín no cesa de afirmar que por la fe Cristo habita en nuestro corazón.

“Dichosos quienes no vieron y creyeron. Mira donde está: está en ti, pues en ti está tu misma fe. ¿O nos engaña el Apóstol que dice que Cristo habita por la fe en nuestros corazones? Ahora habita por la fe, luego por la visión; por la fe mientras estamos en camino, mientras dura nuestro peregrinar. Pues mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor; caminamos en la fe, no en la visión. Si esto es la fe, ¿qué será la visión? Escúchalo: Para que Dios sea todo en todo: ¿Qué es todo? Todo lo que aquí buscabas, todo lo que aquí tenías por grande, todo eso será Dios para ti.” (S. 158, 8-9).

VIII. “DIOS PUSO SUS OJOS EN NUESTRO CORAZÓN” (Si 17, 8)

Cuando se cree “en Cristo”, cuando se está poseído por él, llegamos a ver como él ve: “Dios coloca sus ojos en nuestro corazón” y nos hace ver como él ve. La fe permite que Aquel que habita interiormente en nosotros, Cristo, nos ilumine, purifique el corazón, para que sea apto para ver a Dios.

Los ojos de la fe son diferentes de los ojos del cuerpo. Ven más lejos y más profundamente incluso que los ojos de la razón. Es cierto que la fe nos permite ver a Dios, pero de una forma oscura, en penumbra, no obstante la fe es camino hacia la Luz plena, hacia la visión cara a cara de Dios. San Pablo afirma: *“Así pues, siempre llenos de buen ánimo y sabiendo que, mientras habitamos en el cuerpo, estamos desterrados lejos del Señor, caminamos en fe y no en visión.”* (2 Cor 5, 6-7).

“En efecto, si todavía eres pequeño, los ángeles te dicen: «Crece; nosotros comemos pan, tú aliméntate con leche, la leche de la fe, para que llegues al alimento de la visión» [. .] Deseas algo, y no lo comprendes; mediante ese deseo has comenzado la vida de los ángeles. Crezca

en ti, realícese del todo en ti, y entenderás esto no por mí, sino por quien nos ha hecho a mí y a ti.” (In Jo. ev. tr. 18, 7).

Es la fe quien lleva a la visión de Dios, quien hacer ver a Dios.

“Por tanto, *mientras estamos en el cuerpo, somos peregrinos lejos del Señor, pues caminamos en la fe y no en la visión*. En la medida que nos sea concedido, mantengamos la fe y no dudemos de la justicia de Dios. [. . .] Termínese el camino y lleguemos a la patria. En el tiempo que dura la fe no es posible percibirla; se percibirá en el tiempo de la visión. Pues ahora caminamos en la fe, entonces en la visión. ¿Qué significa «en la visión»? *El más hermoso entre los hijos de los hombres, porque en el principio era la Palabra, y la Palabra estaba en Dios y la Palabra era Dios. Quien me ama* –dice– *guarda mis mandamientos; y a quien ama lo amará mi Padre y yo le amaré* ¿Y qué le darás? *Me mostraré a él*. La visión tendrá lugar cuando cumpla lo que dijo: *Me mostraré a él*. Allí verás la equidad de Dios; allí leerás sin libro en la Palabra. Por tanto, cuando le veamos tal cual es, entonces concluirá nuestro peregrinaje; luego disfrutaremos del gozo de los ángeles. ¿Y cuál es el camino? La fe.” (S. 27, 6).

IX. POR CRISTO A LA VISIÓN DEL PADRE

San Agustín afirma con insistencia que la causa de no ver a Dios es la enfermedad de los ojos del corazón. Pero Cristo es nuestro médico¹⁵. Por medio del misterio de su encarnación cura los ojos enfermos del corazón y los cura mediante la fe.

“De hecho, el hombre no podía captar a Dios; el hombre podía ver a un hombre, no podía captar a Dios. ¿Por qué no podía captar a Dios? Porque no tenía el ojo del corazón con que captarlo. Había, pues, den-

15 PONS PONS, G., «Cristo nuestro médico en la vida y las enseñanzas de San Agustín», en *La Ciudad de Dios* 232 (2019) 43-69; ARBESMANN, R. E., «Christ the Medicus humilis in St. Augustine», en *Augustinus Magister* 2, Paris 1954, pp. 623-629; ARBESMANN, R. E., «The concept of ‘Christus medicus’ in St. Augustine», en *Traditio* 10 (1954) 1-28.

tro algo enfermo y fuera algo sano: tenía sanos los ojos del cuerpo, tenía enfermos los ojos del corazón. Aquél se hizo hombre adaptado al ojo del cuerpo, para que, creyendo en ese que podía ser visto corporalmente, fueses curado para ver a quien no podías ver espiritualmente. *Tanto tiempo estoy con vosotros, y ¿no me habéis conocido, Felipe? Quien me ha visto, ha visto al Padre.* ¿Por qué no lo veían ellos? He aquí que lo veían, mas no veían al Padre; veían la carne, pero la majestad se ocultaba. Los judíos que lo crucificaron vieron también lo que veían los discípulos que le amaron. Dentro, pues, estaba entero él, y dentro de la carne de tal modo, que permaneció con el Padre, pues no abandonó al Padre cuando vino a la carne” (In Jo.ev. tr. 14, 12).

En realidad solo se llega a ver, a conocer al Padre a través de Cristo: *“Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”* (Mt 11, 27). Cuando vemos a Cristo y lo contemplamos con un corazón puro en él vemos al Padre: *“Quien me ha visto a mí ha visto al Padre”* (Jn 14, 9). Pero Cristo solo puede ser visto, contemplado por quien posee un corazón puro. La visión contemplativa del Padre no es más que una participación de la misma visión de Cristo. Los ojos del corazón pasan a ser los mismos ojos de Cristo y logran ver, en cierto modo, como Cristo ve. Esta visión, no es, por lo mismo, una visión fría, abstracta: es la visión del Hijo, la visión animada por la caridad, por el amor.

¿Qué es, pues, creer en él? Amarlo creyendo, quererlo creyendo, ir a él creyendo, dejarse incorporar a sus miembros. Ésa es, pues, la fe que Dios exige de nosotros” (In Jo.ev. tr. 29, 6).

“El Evangelio es la boca de Cristo; él está sentado en el cielo, pero no cesa de hablar en la tierra. No seamos, pues, sordos, dado que él grita. No seamos muertos, pues él atruena. Si no quieres hacer lo más, haz lo menos. Si es excesivo para ti el peso de lo mayor, toma al menos lo menor. ¿Por qué eres perezoso para lo uno y lo otro? ¿Por qué te opones a ambas cosas?” (S. 85, 1).

X. ESCUCHAD Y VIVIRÉIS (Is 53, 3)

Si el corazón del hombre ve a Dios, lo puede oír igualmente. Es preciso constatar que existe una relación sumamente estrecha entre

la audición corporal y la audición espiritual. Las palabras humanas expresadas y acogidas son con frecuencia los vehículos de una realidad que sobrepasa el sonido exterior. Por esto San Agustín invita a ir más allá que el oído corporal. Para él “escuchar” es lo más propio del hombre. Dios nos ha creado por su Palabra y, por lo mismo, el hombre es respuesta a esa Palabra de Dios. *“Inclinad vuestro oído, venid a mí: escuchadme y viviréis”* (Is 53, 3). Se podría afirmar que somos como escuchamos. Es la Palabra de Dios quien nos hace.

Escuchar exige acoger la Palabra que Dios nos dirige. La palabra de Dios es una palabra de vida. Acoger su palabra es pues acoger la vida. Quien no escucha, quien no acoge la palabra del otro busca ser por sí mismo; rechaza la vida que viene de Dios. Es el efecto del orgullo.

La escucha de la Palabra de Dios nos hace ser, “nos pone de pie”. De hecho con frecuencia nuestras caídas proceden de un no querer escuchar a Dios.

“Yo estoy para oír, él para hablar, pues yo he de ser iluminado, la luz es él; yo estoy a la escucha, él es la Palabra. *El amigo del novio*, pues, *está en pie y le oye*. ¿Por qué *está en pie*? Porque no se cae. ¿Por qué no se cae? Porque está abajado. Miralo estar en pie en terreno seguro: *No soy digno de desatar la correa de su calzado* (In Jo. ev. tr. 12, 13).

“Pero, ¡oh si estuvieras en pie, le oyeses y no cayeras para oírte! Efectivamente, oyéndole estarías en pie y le oirías. De hecho, hablas y te inflas la cabeza.” (In Jo. ev. tr. 13, 16).

Esta escucha de la Palabra de Dios, palabra que nos hace, que nos otorga la vida es siempre primero; nuestra respuesta viene después. La palabra nos pone de pie cuando es fruto o efecto de escuchar, de acoger. Pero he aquí que corremos el peligro de responder sin antes haber escuchado. San Agustín es consciente de ello. Antes de hablar es preciso saber ponerse a la escucha del otro. Nuestra palabra ha de nacer de la escucha.

“¿Preguntas en qué modo Cristo es Dios? Escúchame; mejor, escucha a mi lado; escuchemos y aprendamos juntos. No creáis que, porque yo hablo y vosotros me escucháis, yo no escucho con vosotros.

Cuando oyes que Cristo es Dios, preguntas: «¿De qué modo Cristo es Dios?». Escucha conmigo; no digo que me escuches a mí, sino que escuches conmigo, pues en esta escuela todos somos condiscípulos; el cielo es la cátedra de nuestro maestro. (S. 261, 2).

Ahora bien, escuchar y bien escuchar exige en primer lugar acoger la palabra del otro, personalizarla. Es preciso llegar a ser la morada de la palabra de Dios. Solo bajo esta condición nos renovará y nutrirá nuestra existencia. San Agustín no cesa de pedirnos que hagamos de nuestra vida morada de la Palabra.

“Y el mismo espíritu, cualesquiera que sean los gozos que concibe de la Escritura de Dios, los da a luz y busca hacerlo en vuestros oídos y vuestras mentes. Preparad en vosotros *un nido a la palabra*.” (S. 37,1).

La Palabra de Dios ha de habitar, morar en nosotros. Y seremos la morada de la Palabra de Dios a condición de que la escucha se transforme, se convierta en obediencia. Es una idea sobre la cual San Agustín insiste con frecuencia:

“Si no viviesen, no podrían oír. No afirma «viven porque oyen», sino que «al oír revivirán»; *oirán, y quienes la oigan vivirán*. ¿Qué significa, pues, «*Oirán*», sino «obedecerán»? En efecto, por lo que se refiere a la audición del oído, no todos los que *oirán vivirán*, pues muchos oyen y no creen. Oyendo y no creyendo, no obedecen; no obedeciendo, no viven. Así pues, aquí «*Quienes oirán*» no significa otra cosa que quienes obedecerán. “(In Jo. ev. tr. 19, 10).

Escuchar sin obedecer no es pues escuchar. Para la Escritura escuchar lleva consigo una actitud activa, dinámica. Escuchar significa obedecer.

Se acoge verdaderamente la palabra de Dios, cuando nos dejamos modelar, transformar por ella. La palabra de Dios es una palabra creadora. Hace lo que significa. El Espíritu Santo habita en ella. Es por lo mismo una palabra animada, inspirada. El Espíritu Santo es un Espíritu de vida. Obedecer la palabra de Dios es recobrar la vida o sencillamente revivir. En ese momento la palabra se hace alimento, y por lo mismo, sustenta la vida, da fuerzas y capacidad de obrar.

Y es esta escucha de la Palabra de Dios, lo que, para San Agustín, lleva o conduce precisamente a la visión de Dios.

“Escucha, hija, y mira. Si no oyes, no verás. Oye para que purifiques el corazón por la fe, como dice el Apóstol en los Hechos: *Purificando sus corazones por la fe*. Para esto, pues, oímos lo que hemos de creer antes de ver. Así, creyendo purifiquemos el corazón, y por tanto podremos llegar a ver. Escucha para creer, purifica el corazón por la fe. Y cuando tenga el corazón limpio, ¿qué veré? *Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*.” (En. in Ps. 44, 25).

JAIME GARCÍA ÁLVAREZ, OSA